

2. Lenin y Gramsci en El Salvador¹

Por Ricardo Ribera²

Resumen:

El artículo explora los aspectos del leninismo que mayor influencia han tenido en El Salvador desde los años setenta hasta la actualidad. Se revisa en especial la teoría leninista de partido, pero también el tema de la conciencia de clase, la combinación de política de masas y lucha clandestina, y la política de alianzas. Se afirma que en El Salvador “el último leninista” fue Marcial. Se sostiene que la lectura ortodoxa (estalinista) del leninismo no convenía a las circunstancias de la lucha en el país, que resultó contraproducente y degeneró en la conducta criminal de “los hechos de abril de 1983”, que casi hacen descarrilar el proceso de revolución salvadoreña. El propio Lenin probablemente se hubiera apartado de la aplicación mecánica e inflexible de sus postulados, abierto como era a la elaboración creativa en función de la nueva situación. El principio de “pensar con cabeza propia” se impuso, recuperando el verdadero “leninismo de Lenin”.

Predominaron las posiciones favorables a mantener y desarrollar la unidad del FMLN, concebido como la vanguardia revolucionaria. Se acertó a combinar las distintas formas de lucha, incluida la política de diálogo-negociación. Hubo la audacia de incursionar en lo nuevo, de “inventar el futuro”, como el desenlace negociado del conflicto. Muy claramente a partir del Acuerdo de Paz y de la conquista de la democracia, resulta más fecundo para el proceso salvadoreño el pensamiento y categorías de Gramsci. De ellas se ofrece un resumen y alguna aplicación apropiada para los actuales retos y desafíos históricos.

Palabras clave:

Proceso histórico, revolución, partido, vanguardia, leninismo, crisis, diálogo, negociación, conciencia, Gramsci, hegemonía, guerra de posiciones, príncipe moderno, intelectual orgánico, grupos subordinados, sentido común.

2.1. Introducción:

Así como se afirma que sin teoría revolucionaria no hay praxis revolucionaria, el estudio de los clásicos del pensamiento marxista ha de servir para potenciar que, inversamente, desde la praxis se produzcan nuevos aportes teóricos. En el caso de nuestro proceso histórico actual es importante conocer el marxismo, así como la obra de Lenin y Gramsci, no sólo para su posible aplicación sino como fuente de inspiración para la generación de nuevo pensamiento crítico.

2.2. Lenin y Gramsci en El Salvador

A partir del triunfo de la revolución rusa aspectos del marxismo que estaban sólo perfilados en el siglo XIX debieron ser desarrollados. El leninismo surge en otra época histórica que requiere nuevas ideas; “el marxismo es algo vivo que se desarrolla y modifica”.³ Rusia era “el eslabón más débil de la cadena de países imperialistas”. Por el atraso que caracteriza a su sociedad y al Estado zarista, las condiciones para la lucha del proletariado presentan la dificultad de enfrentar un régimen despótico y muy represivo. Lenin desarrolló entonces uno de los aspectos más originales y más heterodoxos de su obra: su teoría del partido.

Está expuesta básicamente en el *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*, libro editado en marzo de 1902, que desarrolla las ideas de un artículo anterior *¿Por dónde empezar?*, publicado en *Iskra*, mayo de 1901. Expone un planteamiento novedoso que parte de su crítica al economicismo. “La lucha política de la socialdemocracia⁴ es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo, la organización de un partido revolucionario debe ser inevitablemente de un género distinto que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser sindical, lo más extensa posible, lo menos clandestina posible. La organización de los revolucionarios, al contrario, debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria. Esta organización, necesariamente, no debe ser muy extensa, que sea lo más clandestina posible.”⁵

Para Marx era claro que el proletariado desarrolla su conciencia de clase. Es consecuencia de que “no es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es lo que determina su

conciencia”⁶. El proletariado, por serlo, es revolucionario. Pero la teoría de Lenin del partido da un giro a lo dicho por Marx: “la emancipación de los trabajadores no es ya obra de los propios trabajadores, sino del instrumento que les representa y dirige. El partido no es la clase organizada en y por la lucha de clases, sino el medio de esa lucha. La dialéctica de la clase transformando la sociedad se convierte ahora en una relación entre el partido de vanguardia y la clase que éste representa.”⁷

Para Lenin los obreros tienden a caer en el tradeunionismo y el economicismo. Coincide con Kautsky y lo cita en el *¿Qué hacer?*: “La conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella.” Pero mientras el socialdemócrata alemán lo argumenta por el papel que la ciencia y la técnica, nacidas en la intelectualidad burguesa, juegan para el surgimiento de la conciencia socialista, Lenin lo asume por las condiciones concretas existentes en Rusia, y desechará tales concepciones cuando las condiciones cambien, por ejemplo en coyunturas de auge revolucionario como las de 1905 y 1917. Él mismo es consciente de la exageración de su postura cuando explica: “Los economicistas torcieron el bastón hacia un lado; para enderezarlo había que torcerlo al lado opuesto y eso es lo que yo he hecho.”⁸

El triunfo de la revolución en Rusia enfatizó el papel protagónico de los bolcheviques y en especial del genio político de Lenin. Pero además su concepción de partido de cuadros, de militantes, de revolucionarios profesionales, encajó con las condiciones predominantes en los países del Tercer Mundo, donde a falta de condiciones objetivas sobaban condiciones subjetivas para intentar la revolución. El ‘centralismo democrático’ de Lenin, en el que resultaba enfatizado el sustantivo “centralismo” y no tanto el adjetivo “democrático”, moldeó organizaciones creadas para preparar la revolución en condiciones de dictadura y de represión. Y mostró su eficacia y su idoneidad en muchos lugares. Mientras en países de capitalismo desarrollado el aburguesamiento y las tendencias reformistas predominaban, en los países dependientes y subdesarrollados proliferaron organizaciones revolucionarias que se identificaban con el marxismo-leninismo.

Escribía Lenin en el *¿Qué hacer?*: “Las organizaciones obreras para la lucha económica deben ser organizaciones sindicales (...) Que participe en la unión gremial todo obrero que comprenda la necesidad de la unión

para la lucha contra los patronos y contra el gobierno (...) Y cuanto más amplias sean estas organizaciones, tanto más amplia será nuestra influencia en ellas (...) Pero, en una organización amplia, la clandestinidad rigurosa es imposible. ¿Cómo conciliar esta contradicción entre la necesidad de contar con efectivos numerosos y el régimen clandestino riguroso?”⁹ Pues bien, esta interrogante práctica hecha por Lenin se resolvió en El Salvador en los setenta, de una manera creativa. El movimiento popular se estructuró en los llamados frentes de masas (BPR, FAPU, etc.) los cuales estaban articulados con las organizaciones revolucionarias. La difícil combinación entre un amplio trabajo político de masas y la labor conspirativa de una vanguardia revolucionaria, a la que hacía referencia Lenin, se logró en El Salvador de manera muy efectiva.

Es en dicha capacidad donde se evidencia con más claridad que la izquierda revolucionaria salvadoreña, que abrazó la lucha armada desde 1970, se organizó siguiendo lineamientos leninistas. La masividad del movimiento popular orientado por dichas organizaciones llegó a sobrepasar, a fines de la década, las movilizaciones en torno a la lucha electoral, que entre 1972 y 1977 impulsó la Unión Nacional Opositora, UNO. Pasar del simple hostigamiento guerrillero a una confrontación armada suficientemente potente como para tomar el carácter de una verdadera guerra civil, sin esa base popular organizada no hubiera sido posible.

La guerra tampoco era posible sin un proceso de unidad para una mínima coordinación y garantizar que las rivalidades entre las diferentes organizaciones revolucionarias no fueran a degenerar en choques armados. Debía construirse un ejército revolucionario unificado, único, o se corría el riesgo de luchas fratricidas. Eso ocurría en Colombia y era el ejemplo de lo que debía evitarse. De ahí la necesidad de dotarse de un programa común y de aspirar a unificarse en un solo partido de vanguardia, a fusionar estructuras como FMLN.

Ante esta necesidad perentoria, el leninismo mostró entonces sus limitaciones, por lo menos el tipo de lectura dogmática, estalinista, que se tenía del leninismo. Posiblemente el propio Lenin no hubiera incurrido en el esquematismo fatal, pues era muy consciente de interpretar el marxismo como un medio de orientación y no como un dogma cerrado. “Innumerables errores tienen como origen el hecho de que las consignas y las medidas a adoptar, justas en un momento dado y en una determinada situación, son mecánicamente aplicadas en una situación histórica, una

relación de fuerzas y un estado de cosas diferentes.”¹⁰ El problema es que no fue el leninismo de Lenin, sino más bien el de Stalin, el que se propaló por todas partes, incluido El Salvador. Un leninismo fosilizado, esquemático, mecánico, dogmático y, lo peor, que podía llegar a extremos brutales. En el transcurso de la guerra, esa variedad de leninismo, no estuvo a la altura de la época, para decirlo en forma suave, y más bien mostró que en su deformación podía caer en lo criminal.

Para expresar mi tesis de forma concreta y provocativa: Marcial fue el último leninista de El Salvador. Decir eso me obliga, por un lado, a demostrar que Salvador Cayetano Carpio, Marcial, era efectivamente leninista. Por otro lado, a mostrar cómo ese leninismo, aplicado de manera mecánica y dogmática, no encajaba en las condiciones cambiantes del proceso revolucionario salvadoreño. Más bien condujo al fundador de las FPL a deformaciones y concepciones erradas, hasta incurrir en la conducta criminal que en abril de 1983 llevó al asesinato de la comandante Ana María (Mélida Anaya Montes) y a su propia muerte, en condiciones que deshonraron su legado histórico y político.

Las posturas de Marcial en diferentes temas son ortodoxamente leninistas. Así a la altura de mediados de 1982 en los cuadernos reunidos bajo el título *El Partido Marxista Leninista del Proletariado* aborda la necesidad de que el proletariado se dote de su propio partido, lo cual es diferente a la ideología difusa o pequeño-burguesa del FMLN. Las FPL serían el germen de dicho partido de clase, partido marxista leninista, verdadera vanguardia por lo tanto del pueblo salvadoreño. “Se forma un frente cuando hay distintas organizaciones que necesitan unirse y aliarse en determinada plataforma de lucha; pero es frente precisamente porque todavía no puede convertirse en partido. El partido necesita centralización (...) un solo enfoque (...) una sola ideología (...) El FMLN no es eso y no puede serlo en mucho tiempo. Hay diversas ideologías, incluso que chocan entre sí.” Más adelante concluye: “Por eso la marcha hacia la construcción de un partido único, a través del FMLN, es sumamente compleja. Si nosotros consideráramos que no debemos organizar el partido del proletariado a partir del las FPL, porque ya hay un FMLN, nosotros estamos cayendo en el más grave error y las más grave interpretación de lo que debe ser la lucha de clases para hacer avanzar los intereses del proletariado. Esa meta errónea nos la trazamos en 1980. Por suerte vimos que era idealista, utópica, infantil.”¹¹

Para Marcial la vanguardia no es el FMLN sino que han de ser las FPL. Por eso el concepto de ser el núcleo marxista leninista dentro del Frente, de vanguardia dentro de la vanguardia. Era una concepción sectaria y hegemónica que atentaba contra la unidad, no sólo entorpecía el proceso de unificación, sino que ponía en peligro el mantenimiento mismo del FMLN.

La intención de Marcial era promover un acercamiento entre las FPL y el PCS, para formar un núcleo marxista en el seno del FMLN, siendo que el resto de organizaciones del Frente serían simples aliados temporales, por no ser confiables y tener otras ideologías. “Les dijimos que entre las FPL y el PCS existe un tronco común, que es la teoría del marxismo leninismo (...) Las discrepancias fueron en cómo interpretar y aplicar correctamente el marxismo a la realidad de nuestro país. Por eso hay ahora dos organizaciones con tronco marxista. Las FPL consideró que la mejor aplicación del marxismo a las condiciones del país es la estrategia político-militar de la Guerra Popular Prolongada (...) Ustedes siguieron planteando la línea de las elecciones, de las vías pacíficas todavía durante varios años. Ahora se ha llegado más o menos a un consenso (...) gran parte de aquellas razones por las cuales hubo necesidad de que nos separásemos han menguado, aunque naturalmente no todas.”¹² La diferencia de este leninismo con el de Lenin es que éste hacía el sectarismo a un lado en los períodos de auge en la lucha de masas; el leninismo de Marcial es inflexible y tiende a dividir la vanguardia en pleno ascenso de la guerra popular de liberación.

La inflexibilidad se hace patente en el tema de la política de diálogo-negociación, vista por Marcial siempre con gran recelo y desconfianza. Su postura es maximalista: “las FPL la negociación la concibe como un medio de lucha estratégico y auxiliar para permitir que nuestros combatientes puedan avanzar: ésa es la negociación. Y puede entrarse a una mesa de negociación, pero si se está bien claro de eso: en la defensa insobornable de los intereses del pueblo, se puede pasar peleando, ahí en la mesa de negociación meses y años, mientras avanzan nuestros ejércitos, mientras le dan el golpe de gracia a nuestro enemigo, genocida, y que aquella negociación se convierta precisamente en el triunfo, en firmar la rendición del enemigo; o condiciones de negociación que realmente sean ventajosas y favorables a los intereses de nuestro pueblo (...) ese ejemplo lo dio Vietnam, con la diferencia de que allí había un verdadero partido

comunista único y que nadie actuaba de otra manera porque no había varias organizaciones con distintos enfoques...”¹³

Entre El Salvador y Vietnam había otras diferencias esenciales que Marcial no percibe: allí la guerra de liberación nacional asumió la forma de guerra patriótica de todo el pueblo pues la lucha era directamente contra un ejército imperialista invasor. Ho Chi minh fue fundador del Partido Comunista, pero éste dirigía un amplio abanico de organizaciones de diversa naturaleza y distintas clases sociales pues la lucha fue primero contra los franceses, después los japoneses, otra vez los franceses y por último los norteamericanos. Fue el objetivo de la negociación la retirada del invasor, para posteriormente terminar de aplastar por la fuerza al gobierno títere pro-colonialista. En segundo lugar, la estrategia empleada nunca fue “guerra popular prolongada” como Marcial equivocadamente creía. Los comandantes de las FPL y de las demás organizaciones del FMLN vinieron a darse cuenta de esto en sus estadias en Vietnam, de boca de los propios camaradas vietnamitas. Esos jefes militares regresaron con una concepción unificada de la estrategia del FMLN con el nombre de “guerra popular revolucionaria”, sin las adherencias maoístas de la GPP, que tan enfáticamente rechazaban los vietnamitas. Todo ello sobrepasó a Marcial, al que sus compañeros llamaban “el Ho Chi minh de Centroamérica”, pero que ahora resultaba descalificado justo en tierra vietnamita.

Sus intentos desesperados por recuperar el control de la dirección de las FPL, por frenar el proceso de unificación del FMLN y evitar el avance del diálogo-negociación, llevaron a Marcial al desencadenamiento de los fatídicos hechos de abril de 1983. No era primera vez en la historia que la izquierda incurría en crímenes políticos fratricidas: el caso de Trotsky, asesinado en México por órdenes de Stalin, o el todavía más próximo de Roque Dalton por la dirigencia del ERP, estaban muy vívidos en la memoria. Sin embargo el impacto para la credibilidad del FMLN en conjunto fue muy grande, en especial en la escena internacional.

Pero, a la larga, ayudó a consolidar al FMLN como la única vanguardia, a rebajar el tono ideologizado, a aprender a manejar internamente las diferencias, a favorecer la coexistencia de corrientes de opinión en su seno. También para tener la audacia de abrirse a lo nuevo, incluido adentrarse en un terreno desconocido como era el del diálogo (desde 1984, por iniciativa de Duarte) y el de la negociación después (desde

1990, con el apoyo y presión de la comunidad internacional, en la figura de la Organización de Naciones Unidas).

Ha sido toda una escuela política la que hubo que pasar en las sucesivas etapas del proceso, hasta desembocar en la salida político-negociada tras doce largos años de contienda civil. Uno tiene la impresión de que si Marcial se hubiera impuesto en la pugna de 1983, ese proceso hubiera descarrilado: o la izquierda se hubiera descompuesto y liquidado en luchas intestinas, o bien en el país aún seguiríamos en guerra.

Los mismos compañeros que proceden de las FPL parecieran confirmar esa impresión. “En algún momento del camino, creo que Marcial llegó a convertir aquello que inicialmente era una previsión objetiva, de la necesidad de una guerra de larga duración, a convertirlo en un valor en sí mismo. No era correcto (...) A fin de cuentas, la guerra no se prolongó porque existiese un concepto prolongado en los años setenta sino por la obstinación de nuestros oponentes. Fueron factores del proceso objetivo. Fue el precio que impusieron a este pueblo los malos militares, sus patrocinadores, su “miopía política” y su crueldad. Fue el precio para conseguir los primeros brotes de libertad que hoy vemos.”¹⁴

Con referencia al leninismo, la visión de este dirigente revolucionario, conocido durante la guerra con el nombre de Valentín,¹⁵ es la siguiente: “La teoría leninista de partido fue muy útil en la lucha contra el régimen autoritario (...) pero ahora estamos en la posguerra, la situación tiende a ser otra y aquel esquema de partido no es el modelo que necesitamos.”¹⁶ La revisión crítica del mencionado dirigente alcanza también al propio Marx: “El marxismo hoy en día es principalmente una valiosa herramienta de análisis, una vertiente de las ciencias sociales (...) la pretensión de convertir al marxismo en una cosmovisión y además, casi divina e infalible, es uno de los pecados fundamentales de los marxistas ortodoxos (...) de convertir esa teoría en una doctrina, más que en una ideología, yo diría, una teología.”¹⁷

Una voz posiblemente más autorizada, en el sentido de que siempre se mantuvo alejada de cualquier pragmatismo o concesión ideológica, es la de Schafik Hándal, quien al respecto comentaba: “La verdad histórica es que no se aplicó el modelo de Lenin para la transición al socialismo, sino otro y fue este modelo el que llevó al socialismo a su crisis actual. Todo el sistema diseñado por él fue violado y eso condujo a todas las

deformaciones verticalistas y autoritarias del Estado y del partido. (...) Si bien se puede aceptar que hubo justificación temporal para un desarrollo autoritario, una vez que se logró el arranque inicial la estrategia debió ser corregida y reajustada para dar cabida a la democracia, esencial para cristalizar la sociedad socialista. Los fundadores del marxismo siempre consideraron la democracia como un atributo inseparable del socialismo; la dictadura del proletariado es un concepto teórico para dar cuenta de una democracia práctica mucho más profunda y extensa que la democracia limitada de todo régimen burgués, aun del más representativo, que es siempre una democracia al servicio de una minoría.”¹⁸

La sinceridad y solidez de los planteamientos de este líder histórico salvadoreño quedan de relieve si tomamos en cuenta el momento en que fueron hechos: 1990. Es decir, cuando todavía existía la Unión Soviética, aunque era muy evidente la profunda crisis en que se había sumergido. Como destaca Marta Harnecker, citando a Schafik, en la introducción: “el socialismo no se puede renovar sin defenderse, ni se puede defender sin renovarse”.¹⁹ Tal postura, aunque pareciera una defensa de la perestroika que venía impulsando Gorbachov, a la vez puede entenderse como un reclamo por la indefensión en que dejó al socialismo; por otro lado podría interpretarse como una justificación de la posición cubana, muy escéptica y crítica respecto la perestroika, pero también constituye un recordatorio de la impostergable necesidad de renovación.

Respecto la visión estratégica de la izquierda y lo que se necesita en El Salvador, las ideas de Schafik son iluminadoras: “Hace ya mucho tiempo que para nosotros está claro que la revolución socialista, especialmente en países atrasados, tiene un prólogo en la revolución democrática, la cual configura, de acuerdo a las condiciones nacionales e internacionales de cada revolución, un proceso de transición al socialismo que, en algunos casos, puede ser muy largo. (...) En realidad se trata de una sola y misma revolución, cuyas tareas generan un proceso continuo de cambios y desarrollo que asegura la construcción del socialismo, a partir de los profundos cambios estructurales políticos, económicos y sociales que realiza la revolución democrática.”²⁰

Con respecto el papel de la empresa privada, la postura del viejo líder comunista es clara: “En nuestro proyecto objetivamente hay espacio para la empresa privada. (...) El carácter nacional del proyecto es un factor capaz de ganar el interés y la participación de estos sectores. (...) Repito,

el patriotismo, la posibilidad de un desarrollo integral del país, la activa participación del pueblo, su florecimiento cultural, la democracia, son estímulos capaces de decidir el rumbo de la conducta individual, incluso en señores del capital.”²¹

2.3. Gramsci en El Salvador

Las condiciones de la lucha política en El Salvador de posguerra, tras la intensa etapa del conflicto armado, ya superadas la persecución y clandestinidad propias de la dictadura, son más proclives a la utilización de las categorías gramscianas y menos a las del leninismo. Gramsci enfatiza la importancia de lo ideológico-superestructural, relativizando mucho el carácter determinante de lo económico-estructural. Incluso su valoración – positiva – de la revolución de octubre la hace destacando los rasgos de voluntarismo, a despecho de lo que parecieran dictar los hechos económicos.

En su famoso texto “*La revolución contra El Capital*” este marxista italiano señala: “La revolución de los bolcheviques (...) es la revolución contra El Capital de Carlos Marx. El Capital, de Marx, era en Rusia el libro de los burgueses más que de los proletarios. Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formara una burguesía, empezara una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes de que el proletariado pudiese pensar siquiera en su ofensiva, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución.”²² Y concluye Gramsci: “los hechos han superado las ideologías.”

Más adelante profundiza en la manera especial en que, a su entender, los bolcheviques “no son marxistas”, pues reniegan de algunas afirmaciones de El Capital, pero no reniegan, por el contrario, “viven el pensamiento marxista, el que nunca muere (...) [que] no sitúa nunca como factor máximo de la historia los hechos económicos en bruto sino siempre el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se reúnen, se comprenden, desarrollan a través de esos contactos (cultura) una voluntad social, colectiva, y entienden los hechos económicos, los juzgan, los adaptan a su voluntad hasta que ésta se convierte en motor de la economía, en plasmadora de la realidad objetiva, la cual vive entonces, se mueve y toma el carácter de materia telúrica en ebullición, canalizable por donde la voluntad lo desee, y como la voluntad lo desee.”²³

Así como valora al leninismo, valora asimismo al marxismo. Se pregunta, en un modo para nada ortodoxo: “¿Somos marxistas? ¿Existen marxistas? Tú sola, estupidez, eres eterna.” Y tras estas palabras iniciales, que pueden haber dejado perplejo a más de alguno, prosigue su exposición de cómo ve al marxismo y a su fundador: “Marx no ha escrito un credillo, no es un mesías (...) no es sólo un científico, sino también un hombre de acción; es grande y fecundo en la acción igual que en el pensamiento, y sus libros han transformado el mundo así como han transformado el pensamiento.”²⁴

La definición gramsciana de ‘crisis’ caracteriza cabalmente nuestra guerra civil: “consiste en que muere lo viejo, sin que pueda nacer lo nuevo”. En El Salvador caía la dictadura, al darse el golpe de estado del 15 de octubre de 1979, pero no nacía la democracia sino con el Acuerdo de Paz, el 16 de enero de 1992. Es un tiempo sin la una ni la otra, tiempo de crisis.

La crisis, para Gramsci, se da cuando “la clase dominante ha perdido el consentimiento, o sea, ya no es ‘dirigente’ sino sólo ‘dominante’, detentadora de la mera fuerza coercitiva, ello significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían, etc.”²⁵ Pareciera una prolongación de las reflexiones de Juan Jacobo Rousseau, el ideólogo de la lucha por la independencia de las siete colonias, de la que nacería Estados Unidos, así como de la revolución francesa. Decía el ginebrino: “si es la fuerza la que hace al derecho, ¿qué derecho es ése que parece cuando la fuerza cesa?; si es preciso obedecer por la fuerza, entonces no es necesario obedecer por deber; la fuerza no constituye derecho, no se está obligado a obedecer sino a los poderes legítimos.”²⁶

Gramsci caracteriza la “crisis orgánica”. Ésta consiste en “crisis de hegemonía de la clase dirigente”, que se traduce en una “crisis de autoridad”, que deriva en una “crisis del Estado en su conjunto”. La describe así: “Al llegar a un cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales; es decir, los partidos tradicionales dejan de ser reconocidos como expresión propia por su clase o su fracción de clase.”²⁷ Y sigue una advertencia que en su contexto probablemente iba referida al fascismo y a Mussolini, que en El Salvador bien podríamos aplicar al PDC instrumentalizado por Reagan o a Arena, al mesiánico Napoleón Duarte o al escuadronero Roberto d’Aubuisson. Advertía Gramsci lo siguiente: “Cuando se producen estas

crisis, la situación inmediata se hace delicada y peligrosa, porque queda abierta a las soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras, representadas por hombres providenciales o carismáticos.”²⁸

En condiciones normales se evitan los riesgos de desestabilización mediante un recurso de naturaleza ideológica. “Es la ascendencia cultural de la clase dominante la que garantiza esencialmente la estabilidad del orden capitalista.”²⁹ Por ello mismo puede resumirse que, en esencia, la hegemonía “significa subordinación ideológica”.³⁰ La ‘filosofía de la praxis’ (es decir, el marxismo) tiene que esforzarse en generar una nueva hegemonía, socialista, y para ello deberá “crear un nuevo sentido común”. Ello pasa por generar “una voluntad colectiva revolucionaria” para llegar a la cual habrá que emprender “la crítica del sentido común”. Es decir, lograr que ciertas ideas de que son portadoras las fuerzas del socialismo, se impongan en la sociedad con la fuerza lógica de las cosas que “caen por su propio peso”. En eso consiste la conquista del sentido común, que no es más que la filosofía simplificada al nivel de la comprensión de las amplias masas.

La revolución será, entonces, la consecuencia de haber logrado cambiar la cosmovisión de las masas. “La revolución es la conquista de las masas para una nueva voluntad práctica; es el producto de la irrupción de la conciencia y la voluntad en la historia.”³¹ Implica nuevos valores y nueva cultura; implica la reforma intelectual y moral.

Esta concepción gramsciana se desprende de su conceptualización del poder en sociedades capitalistas de mayor complejidad. “El poder no se encuentra sólo en el Estado, sino que está difundido en muchos centros de la sociedad”. De ahí que pueda ofrecer un listado de los ‘aparatos de hegemonía’, por cuyo medio se ejerce la función hegemónica: medios de comunicación, iglesias, instituciones educativas, centros de cultura, etc.³² Funcionan como otras tantas trincheras en la llamada ‘guerra de posiciones’.

Gramsci realiza una fecunda analogía entre la guerra y el ejercicio de la política. Hay dos formas de guerra, de movimiento y de posiciones, o planteado de otra manera, guerra de maniobra y guerra de asedio. Pues bien, en la política, en la lucha revolucionaria ha de estar claro si se está en el primer o en el segundo esquema. El primero supone la lucha frontal, el asalto a la fortaleza enemiga. Fuera el caso de la revolución rusa, pero

también de la huelga general o de los movimientos insurreccionales. Es válido frente a dictaduras. En cambio el segundo escenario implica un enfrentamiento largo y paciente, la ocupación de trincheras, fortificaciones y casamatas, el desgaste del sistema organizativo e industrial del territorio de la retaguardia. Donde hay una robusta estructura de la sociedad civil es imprescindible adoptar la estrategia de la ‘guerra de posiciones’ pues en tales casos la pugna no se reduce al control del Estado, pues éste es sólo “una trinchera de avanzada”.³³

Para alcanzar el triunfo en una confrontación de tales características se requiere proceder como Maquiavelo recomendaba en su obra *El Príncipe*. Su autor trataba de dotar a Italia de una monarquía absoluta como la que tenían potencias como Alemania, España o Francia, que asolaban la península itálica con sus poderosos ejércitos. Gramsci lo interpreta como el “fracaso sucesivo en crear una voluntad colectiva nacional-popular”³⁴ Con otras palabras, el uso deficiente de los instrumentos de hegemonía dio como resultado la debilidad de la clase dominante frente a los grupos subalternos y frente a poderes externos. “La burguesía italiana no supo unificar alrededor suyo al pueblo y ésta fue la causa de sus derrotas y de la interrupción de su desarrollo.”³⁵

En nuestra época, a diferencia del Príncipe de Maquiavelo, “el príncipe moderno no puede ser una persona real, el mito-príncipe, un individuo concreto; sólo puede ser un organismo (...) creado ya por el desarrollo histórico: es el partido político”. Y Gramsci lo describe así: “la primera célula en la que se reúnen unos gérmenes de voluntad colectiva que tienden a convertirse en universales y totales.”³⁶ La función del partido es básicamente intelectual y es complementaria de la labor que realizan los intelectuales individuales. Los que elaboran ideológicamente los intereses de la clase dominante son ‘intelectuales orgánicos’. También los grupos subordinados deben dotarse de sus propios ‘intelectuales orgánicos’ individuales y colectivos, es decir, personalidades que elaboran la filosofía y el sentido común nuevo, al servicio de las masas populares, y el partido político que las conduce en la compleja lucha de la guerra de posiciones, a la conquista de la hegemonía, desplazando a la burguesía.

Gramsci puntualiza: “el protagonista del nuevo Príncipe no puede ser en la época moderna un héroe personal³⁷ sino que debe ser el partido político.” Pero distingue unos de otros. Así, explica: “los partidos orgánicos y fundamentales, por razones de la lucha o por otra causa, se

han dividido en fracciones, cada una de las cuales toma el nombre de partido e incluso de partido independiente. Por esto, el Estado Mayor intelectual del partido orgánico a menudo no pertenece a ninguna de estas fracciones sino que opera como si fuese una fuerza dirigente que se sostiene por sí misma, superior a los partidos y a veces considerada como tal por el público.”³⁸

Gramsci formula un interrogante que es esencial: “¿cuándo un partido se hace necesario históricamente?” Y ofrece dos respuestas que son complementarias: “cuando se genera la convicción de que es necesaria determinada solución de los problemas vitales”; “cuando las condiciones de su triunfo, de su indefectible conversión en Estado, están al menos en vías de formación”. Para que un partido pueda pervivir, en condiciones normales, deben confluír tres elementos fundamentales: primero, “un elemento difuso, de hombres comunes, medios, cuya participación está posibilitada por la disciplina y la fidelidad”; segundo, se necesita el que los centralice, organice y discipline, los “capitanes” (“se habla de capitanes sin ejército – dice Gramsci –, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes”); y tercero, “el elemento que articule el primero con el segundo”, “que los ponga en contacto intelectual y moral”, y este elemento es: “la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales”.³⁹ Este último actúa como un fermento.

Es una concepción de partido que tiene ciertos puntos en común con la idea leninista, pero también grandes contrastes. Sin coincidir en el concepto de partido de cuadros, sin embargo la importancia que Gramsci presta a “los capitanes” guarda cierto paralelismo. Si el partido perdiera sus bases, por la represión u otro motivo, podría reconstruirse a partir del segundo elemento. Así como Lenin ha considerado al “cuadro” como aquel militante revolucionario que él solo es ya el partido, en caso de quedar aislado fuera capaz, como una célula en la metáfora biológica, de reproducirse, lograr crecer y hacer nacer de nuevo al partido.

Por otro lado, el “fermento” de que habla Gramsci – la “levadura” en la metáfora cristiana – es el tercer elemento, el “cemento” ideológico que une al partido, desde la base hasta las estructuras de dirección, que hace crecer “la masa” en la imagen bíblica del pan de trigo, que fermenta la leche hasta producir el yogur en la metáfora turco-griega.

Gramsci pone lo ideológico en el centro de la existencia del partido y de su relación con las masas.

Similar a Mariátegui, Gramsci al marxismo lo mira básicamente como una ideología, como una fe, más que como la ciencia que garantiza alcanzar el socialismo o que asegura que el capitalismo es inviable. Es sobre todo una guía para la acción; efectiva si se actualiza y se renueva. Requiere lectura, estudio, investigación, por parte de los dirigentes y de las bases. También elaboración propia, creatividad. La praxis exige que los dirigentes escriban, que también produzcan intelectualmente, que den la batalla en el mundo de la ideas.

Referencias bibliográficas

- Bujarin, N.: (1978) Lenin marxista, Barcelona, España, Fontamara.
- Carpio, S.C.: (1999) Nuestras montañas son las masas, Viena, Austria, Der Keil.
- Díaz-Salazar, R.: (1993) Gramsci y la construcción del socialismo, San Salvador, El Salvador, UCA.
- Díez del Corral, F.: (2003) Lenin, una biografía, Barcelona, España, Folio.
- Gramsci, A.: (1971) La política y el Estado moderno, Barcelona, España, Península.
- Gramsci, A.: (1987) Antología, (La revolución contra El Capital) México, siglo XXI.
- Hándal, S.J.: (1991) El socialismo: ¿una alternativa para América Latina? Schafik Jorge Hándal entrevistado por Marta Harnecker, San Salvador, El Salvador, Alternativa.
- Lenin, V.: (1951) ¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento, Moscú, Rusia, Progreso.
- Marx, K.: (1979) Prólogo a Contribución a la crítica de la economía política, México, Cultura Popular.
- Ribera, R.: (2012) Ensayos de filosofía política y social [para leer a Rousseau] San Salvador, El Salvador, Cuadernos de cátedra #66, UCA.
- Ueltzen, S.: (1994) La fuerza emancipadora: de la primer a la segunda utopía. Entrevista con Gerson Martínez, San Salvador, Algier's.

Notas

- 1 Fragmento de ponencia dictada el 22 de enero en las Jornadas I. Ellacuría 2014, dedicadas al tema *Marx y el pensamiento crítico*, UCA, San Salvador.
- 2 El autor es docente en la Escuela de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de El Salvador.
- 3 Bujarin, 1978.
- 4 Es el nombre que en la época llevaban las organizaciones marxistas, fueran reformistas o revolucionarias.
- 5 Lenin, 1951, p. 145.
- 6 Marx, 1979, p. 12.
- 7 Díez del Corral, 2003 p. 126.
- 8 Citado en íbidem, pág. 130.
- 9 Lenin: opus cit., pág. 147.
- 10 Citado por Bujarin, N.: opus cit., pág. 31.
- 11 Carpio, 1999, p.p. 49 y 50.
- 12 Íbid., p. 92.
- 13 Carpio, S. C.: *Testamento político*, en opus cit., p. 162.
- 14 Ueltzen, 1994; p.p. 21 y 22.
- 15 Gerson Martínez fue el director general del programa de gobierno propuesto por Mauricio Funes cuando fue candidato a la presidencia en 2009 y vuelve a serlo en la campaña presidencial del FMLN de 2014.
- 16 Ibidem, p. 34.
- 17 Ibidem, p.p. 31 y 32.
- 18 Hándal, 1991, p.p. 26 y 27.
- 19 Ibidem, pág. 12.
- 20 Íbid., pág. 43.
- 21 Íbid., pág. 53.
- 22 Gramsci, 1987, p. 34.
- 23 Ibidem, p. 35.
- 24 Gramsci, A.: opus cit., (*Nuestro Marx*); p. 38.
- 25 Gramsci, opus cit, (*Oleada de materialismo y crisis de autoridad*), p. 313.
- 26 Ribera, 2012, p.58.
- 27 Gramsci, 1971, p. 117.
- 28 Ibidem.
- 29 Díaz-Salazar, 1993, p. 228.
- 30 Ibidem.
- 31 Idem, p.p. 225 y 231.
- 32 Idem, p. 243.
- 33 Gramsci, 1971, p. 136.
- 34 Íbid., p. 68.
- 35 Gramsci, 1987, (*Apuntes sobre la historia de las clases subalternas*), p. 493.
- 36 Gramsci, 1971, (*Notas sobre la política de Maquiavelo*), p. 67.
- 37 Discutible, tanto en el siglo XX como en el nuestro. Gramsci no conoció el "fenómeno" Hugo Chávez.
- 38 Ídem, p.p. 83 y 84.
- 39 Gramsci, 1987, p. 348.